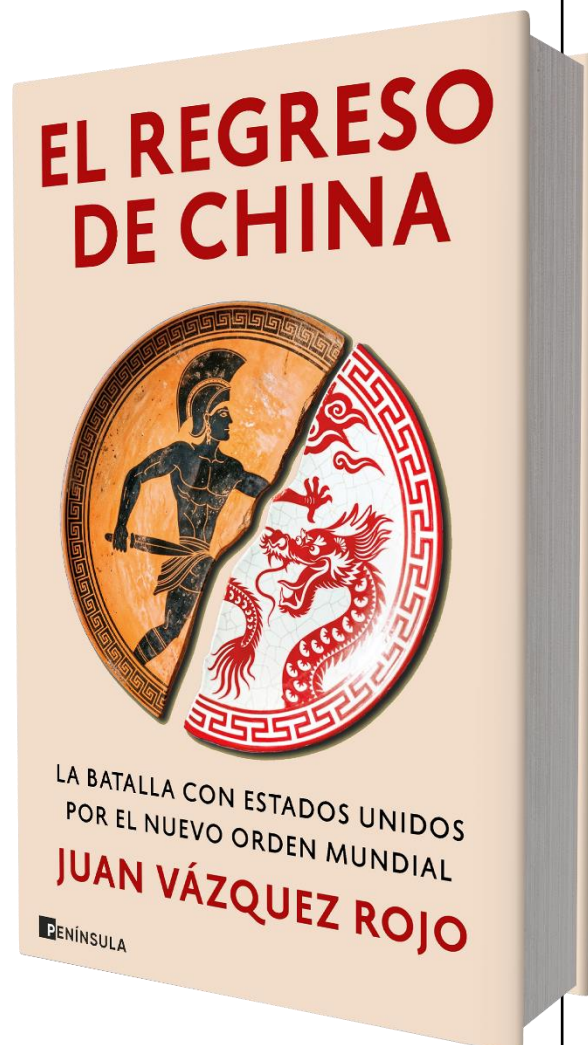


PENÍNSULA

EL REGRESO DE CHINA

JUAN VÁZQUEZ ROJO

La batalla con Estados Unidos por
el nuevo orden mundial



A LA VENTA EL 9 DE SEPTIEMBRE

***Autor disponible para entrevistas**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Erica Aspas | Responsable de Comunicación Área de Ensayo
689 771 980 | easpas@planeta.es

El silencioso proceso que llevó a China del ostracismo al epicentro del tablero mundial

Mientras Estados Unidos intentaba integrar al dragón rojo en un orden liberal diseñado por Occidente, Beijing buscaba recuperar el lugar central que había ocupado durante siglos. La relación de interdependencia que sostuvo la globalización durante décadas ha dado paso a una rivalidad cada vez más abierta entre ambas potencias. Ya no se trata de guerras tradicionales, sino de una lucha por el control de los flujos que mueven la economía mundial.

Envolvente y revelador, este libro ofrece un análisis del nuevo escenario global a partir de la historia económica y política mundial, y muestra cómo China ha pasado de ser la fábrica del mundo a una superpotencia tecnológica capaz de desafiar la hegemonía de Estados Unidos. Desde la imposición de aranceles a las regulaciones tecnológicas, revela cómo decisiones en apariencia técnicas se han convertido en herramientas clave en la disputa por el poder en la economía global del siglo XXI.

EL AUTOR



JUAN VÁZQUEZ ROJO es doctor en Economía con mención internacional y premio extraordinario por su tesis sobre la rivalidad económica entre China y Estados Unidos. Realizó su estancia de investigación en la University of Utah, en Estados Unidos. Es profesor e investigador en la Universidad Camilo José Cela y en la Red SUMMA. Su trabajo se centra en la competencia entre China y Estados Unidos, el modelo económico chino y las transformaciones del orden económico global. Ha publicado en diversas revistas académicas internacionales y colabora como analista en medios como *El Orden Mundial*, *The Conversation*, *Cinco Días*, *El Español* o *El Salto*.

ALGUNOS EXTRACTOS DE LA OBRA

PRÓLOGO. LA GRAN ILUSIÓN DE CLINTON

«En marzo del año 2000, Bill Clinton subió al estrado de la Universidad Johns Hopkins con una convicción que hoy resulta reveladora. El presidente de Estados Unidos buscaba algo histórico: que el Congreso aprobara la concesión a China del estatus de «relaciones comerciales permanentes». Su país había liderado una de las negociaciones más complejas de la historia reciente para facilitar el ingreso de Beijing en la Organización Mundial del Comercio (OMC). Aquella tarde de primavera, Clinton explicó a los estudiantes por qué había decidido apostar el prestigio de su presidencia en esa causa. «Al adherirse a la OMC, China no solo acepta importar más productos nuestros. Está aceptando importar uno de los valores más preciados de la democracia, la libertad económica. Cuanto más liberalice China su economía, más liberará el potencial de su pueblo: su iniciativa, su imaginación, su extraordinario espíritu emprendedor. Y cuando los individuos tengan el poder, no solo de soñar, sino de hacer realidad sus sueños, exigirán una mayor participación.»»

«Veintitrés años después, Jake Sullivan ocupaba uno de los despachos más influyentes de Washington como consejero de Seguridad Nacional de Joe Biden. En abril de 2023, durante una conferencia en la Brookings Institution, Sullivan ofreció una evaluación que Clinton habría considerado imposible.

«Gran parte de la política económica internacional de las últimas décadas se basaba en la premisa de que la integración económica haría que las naciones fueran más responsables y abiertas. Que el orden global sería más pacífico y cooperativo, que llevar a los países al orden basado en reglas los incentivaría a adherirse a sus reglas. No resultó de esa manera.»»

«La globalización que Clinton defendía en el año 2000 se sostenía sobre una premisa que parecía indiscutible: la eficiencia económica beneficiaría a todos los participantes. Estados Unidos, junto a otras economías avanzadas, se reservó cuidadosamente las actividades más rentables y sofisticadas — la innovación tecnológica, el diseño de productos, el control de la propiedad intelectual y la gestión de las marcas globales—. El resto del mundo, especialmente Asia, se encargaría de las tareas más intensivas en mano de obra: ensamblar, cortar, coser, fabricar en masa con precisión, pero sin mayor valor agregado.»

«Durante dos décadas, esta división del trabajo funcionó exactamente como Washington había previsto. [...] Sin embargo, esa ecuación empezó a cambiar cuando Beijing decidió que ya no quería limitarse a ensamblar productos diseñados en otros lugares. Las autoridades chinas observaron que las empresas extranjeras se llevaban la mayor parte de los beneficios, mientras que las fábricas locales operaban con márgenes estrechos y dependían de decisiones tomadas en California o Baviera. Era un modelo que generaba crecimiento, pero impedía el futuro desarrollo y limitaba el poder económico. Y China tenía planes más ambiciosos.»

«El momento decisivo llegó con la crisis financiera de 2008. Mientras Wall Street se desplomaba y Europa entraba en recesión, China respondió con un paquete de estímulo

masivo que mantuvo funcionando las cadenas globales de producción. Por primera vez en décadas, Beijing no solo resistía una crisis occidental, sino que ayudaba a resolverla.»

«Lo que está en juego trasciende las disputas comerciales o las diferencias ideológicas. Es una competencia por algo más fundamental: la capacidad de definir cómo funciona el mundo en el siglo XXI. Quién establece los estándares tecnológicos que utilizarán miles de millones de personas. Quién controla las rutas por las que viajan los datos, la energía, las mercancías. Quién dicta las reglas que gobiernan el comercio, las finanzas, la innovación.»

I - CUANDO ESTADOS UNIDOS DISEÑÓ EL MUNDO EN EL QUE VIVIMOS

Cómo Washington trazó el nuevo mapa del poder global

«En julio de 1944, mientras los tanques del general George Patton avanzaban por Normandía y los bombarderos aliados castigaban las fábricas del Ruhr, cientos de delegados, ministros de economía y banqueros centrales se reunían en Nuevo Hampshire para decidir cómo funcionaría el mundo después de la Segunda Guerra Mundial. [...] Los delegados llegaban desde cuarenta y cuatro países [...] Pero todos sabían que la conferencia se decidía entre dos hombres sentados en extremos opuestos de la mesa principal. John Maynard Keynes representaba al Reino Unido, una potencia exhausta que había hipotecado su futuro para ganar la guerra. Harry Dexter White hablaba por Estados Unidos, el país que había emergido de la contienda como la economía más poderosa.»

«El Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT por sus siglas en inglés) establecía los principios que gobernarían el comercio mundial: la reducción gradual de aranceles, la eliminación de límites a la cantidad de productos comerciados y la obligación de aplicar a todos los países las mismas condiciones comerciales. En teoría, eran reglas neutrales que beneficiarían a todos los participantes. En la práctica, favorecían especialmente a la economía más competitiva del mundo: la estadounidense.»

«Por su parte, Iósif Stalin envió una delegación a Bretton Woods, pero finalmente rechazó ratificar los acuerdos. Para el Kremlin, aceptar las reglas diseñadas por Estados Unidos implicaba ceder autonomía económica y adaptarse a un sistema internacional que favorecía el dólar, el libre comercio y la apertura financiera. La Unión Soviética optó por quedarse fuera.»

«China también participó en la conferencia, representada por el Gobierno nacionalista de Chiang Kai-shek. La República de China firmó los acuerdos con la expectativa de obtener recursos para reconstruir una economía devastada por la guerra contra Japón. Pero el giro llegó en 1949. Con la victoria de Mao Zedong, la nueva República Popular quedó fuera del sistema de Bretton Woods y se integró en la órbita socialista liderada por la Unión Soviética. El asiento chino en esas instituciones, sin embargo, permaneció durante décadas en manos de la República de China — el Gobierno nacionalista derrotado en la guerra civil, que se había establecido en Taiwán.»

«Para consolidar su liderazgo, Estados Unidos desplegó una estrategia que combinaba generosidad calculada con disciplina. El Plan Marshall canalizó 13.000 millones de dólares hacia la reconstrucción europea, una suma astronómica para la época. Pero esa ayuda no era neutra: exigía coordinación económica, estabilidad financiera y una apertura gradual del

comercio entre los países europeos. Además, anclaba a Europa occidental en la órbita política de Washington en el naciente conflicto con Moscú.»

«En el Pacífico, Washington siguió una lógica similar con Japón. Bajo la ocupación del general Douglas MacArthur, Tokio experimentó reformas económicas profundas que democratizaron la propiedad de la tierra, fortalecieron los sindicatos y modernizaron la industria. El objetivo era crear una economía de mercado próspera que sirviera como contrapeso regional a la China comunista y como socio comercial para las empresas estadounidenses.»

«El compromiso social de posguerra se sostenía sobre un equilibrio básico: los trabajadores aceptarían la disciplina de la producción en masa y renunciarían a cuestionar el sistema capitalista. A cambio, las empresas compartirían los frutos del crecimiento mediante salarios crecientes, estabilidad laboral y beneficios sociales. El Estado, por su parte, garantizaba pleno empleo, estabilidad macroeconómica y una red básica de protección social. Durante las décadas de posguerra, ese pacto funcionó, al menos para una parte del país. [...] quedaban fuera las mujeres, los afroamericanos, los trabajadores rurales y buena parte de los servicios. El «sueño americano» se levantó sobre un pacto parcial, sostenido por la expansión industrial y la confianza de que el crecimiento bastaría para mantener la paz social.»

«Los ciudadanos soviéticos que habían sobrevivido a la colectivización forzosa, los gulags y la guerra más devastadora de la historia ahora accedían a educación gratuita, atención médica universal, empleo garantizado y vivienda subsidiada. La esperanza de vida aumentó, la alfabetización alcanzó niveles comparables a los occidentales y millones de familias campesinas vieron a sus hijos convertirse en ingenieros, médicos o científicos. Para muchos, dentro y fuera del país, especialmente en el contexto de la descolonización, el socialismo se presentaba como una alternativa viable al capitalismo.»

«La crisis del petróleo de 1973 fue el catalizador que expuso estas vulnerabilidades. Los países árabes cuadruplicaron el precio del crudo como castigo por el apoyo occidental a Israel durante la guerra del Yom Kipur. De la noche a la mañana, las economías industrializadas se enfrentaron a una inflación galopante que destruía la estabilidad sobre la cual se había construido el pacto social de posguerra.»

«Mientras Volcker aplicaba el torniquete monetario en Estados Unidos, al otro lado del Atlántico emergía una figura que llevaría ese giro intelectual al terreno de la política económica. Margaret Thatcher llegó al poder en el Reino Unido en mayo de 1979 con un programa que buscaba contener la inflación, reducir el peso del sector público, privatizar empresas estatales y limitar el poder de los sindicatos.»

«En este contexto, China siguió un camino distinto. [...] En diciembre de 1978, Deng Xiaoping impuso un giro pragmático. El desarrollo económico pasó a ser la prioridad y la legitimidad del Partido comenzó a medirse en resultados. Introdujo mecanismos de mercado y abrió la economía al exterior, pero mantuvo el control del Estado sobre los sectores clave.»

Las cadenas invisibles que unieron al mundo

«El modelo de Nike se replicó rápidamente en otros sectores. Apple diseñaba en California y ensamblaba en China. Zara creaba en España y producía en Marruecos o Bangladesh.

Volkswagen desarrollaba en Alemania y fabricaba en México y Brasil. Cada empresa construía su propia red global de proveedores, optimizada para combinar la mejor tecnología, los menores costes y el acceso más favorable a los mercados finales.

El impacto fue especialmente profundo en Asia. Los países se especializaron en segmentos de las cadenas globales: electrónicos en Malasia, textiles en Bangladesh, autopartes en Tailandia. Cada uno encontró su nicho en función de sus ventajas: costes laborales, habilidades técnicas, ubicación geográfica o marcos regulatorios. China se convirtió en el epicentro de esta revolución. [...]»

«El resultado fue un crecimiento económico sin precedentes. La cuota de China en las exportaciones mundiales de manufacturas pasó del 2,8 por ciento en 1990 al 18,5 por ciento en 2015. Cientos de millones de trabajadores abandonaron la agricultura de subsistencia para incorporarse a fábricas que producían para mercados globales.»

2008: la grieta del orden global

«Mientras Estados Unidos y Europa trataban de estabilizar sus sistemas financieros, China tomó una decisión que alteró el equilibrio global. En noviembre de 2008, el Consejo de Estado anunció un estímulo de cuatro billones de yuanes — unos 498.700 millones de euros— para sostener el crecimiento mediante inversión masiva en infraestructuras. Equivalía al 12 por ciento del PIB y superaba, en términos relativos, cualquier plan aplicado en Occidente.

El plan chino no fue solo una respuesta defensiva a la crisis. Fue una apuesta por acelerar su modernización mientras sus competidores estaban centrados en sus propios problemas.»

«La crisis de credibilidad del modelo occidental coincidió con la emergencia de alternativas que parecían más estables y eficaces. China había demostrado que un sistema con coordinación estatal podía responder a las crisis y mantener el crecimiento. Brasil, India y otros países emergentes habían resistido mejor la tormenta financiera que las economías «maduras» de Norteamérica y Europa.»

«China aprovechó esta ventana de oportunidad para acelerar su ascenso geopolítico. El país que en los años noventa había seguido la estrategia de «mantener un perfil bajo» empezó a asumir responsabilidades de liderazgo global. En las cumbres del G20 posteriores a la crisis, los representantes chinos ya no se limitaban a escuchar las propuestas occidentales; presentaban sus propias iniciativas y exigían que se tuvieran en cuenta sus prioridades.

Además, en 2013 Beijing lanzó la Nueva Ruta de la Seda — también llamada Iniciativa de la Franja y la Ruta—, su mayor proyecto exterior para financiar infraestructuras y proyectar influencia en Asia, África y Europa.»

El mundo de las crisis encadenadas

«El COVID-19 fue solo el primer dominó de una larga cadena. Mientras los gobiernos trataban de contener los contagios, las cadenas de suministro se deshicieron. Los contenedores se apilaron en los puertos de Long Beach y Róterdam, los microchips escasearon y fábricas enteras se detuvieron en Detroit y Stuttgart. El modelo *just in time*, símbolo de la eficiencia global, se reveló como una trampa: un sistema optimizado para el máximo rendimiento, pero frágil ante un solo tropiezo.»

«Los gobiernos redescubrieron el valor de la autonomía en sectores críticos. La interdependencia, celebrada durante medio siglo como fuente de prosperidad y paz,

comenzó a verse como vulnerabilidad. Términos como *friendshoring*, *nearshoring* o *reshoring* pasaron del lenguaje técnico al político: estrategias para acortar las cadenas, controlar la producción y reducir la exposición a lo imprevisible.»

«De esa transición, del interregno, emergía una nueva lógica: la globalización armada. Las redes que habían unido al planeta se convirtieron en instrumentos de poder. Energía, tecnología, finanzas, datos: todo podía ser usado como arma o escudo. El comercio ya no garantizaba paz: se transformaba en campo de batalla. Era el comienzo de una nueva era.»

II - EL ORDEN CHINO ANTES DEL CHOQUE CON OCCIDENTE

«Esa memoria histórica guía la estrategia china actual. La industrialización masiva de la segunda mitad del siglo XX, la apertura económica controlada de los años ochenta y la carrera tecnológica del siglo XXI forman parte de un mismo proyecto: recuperar la posición central que China ocupó durante milenios.»

«Esta visión explica el rechazo a ciertos conceptos occidentales. La igualdad soberana entre Estados, base del sistema westfaliano, carece de sentido en una tradición que concibe el mundo como jerarquía. La separación entre política y moral resulta ajena a una lógica donde gobernar es mantener la armonía social. Los derechos individuales universales chocan con una cultura que define a las personas por sus relaciones dentro del colectivo.»

«El discurso actual del «rejuvenecimiento nacional» promete restaurar esa centralidad previa. La modernización económica y tecnológica se presentan como instrumentos para lograrlo. Desde esta perspectiva, China no emerge como potencia nueva: recupera una posición interrumpida durante apenas siglo y medio.»

El primer laboratorio de la economía moderna

«Esta combinación de producción, mercados e innovación permitió a China desarrollar, hacia el siglo XI, uno de los sistemas económicos más eficientes del mundo preindustrial. Durante siglos, mantuvo niveles de productividad, urbanización y complejidad comparables a los de las regiones más avanzadas de Eurasia. El sistema no permaneció aislado. La Pax Mongólica del siglo XIII amplió estos circuitos a escala continental y facilitó la circulación de personas, bienes y conocimientos. Ingenieros persas, médicos árabes y cartógrafos islámicos trabajaron en la corte Yuan, mientras porcelana, papel y técnicas metalúrgicas chinas se difundían hacia el oeste. Esta intensificación de los intercambios aceleró la transmisión de conocimiento a lo largo de Eurasia.»

«En el siglo XXI, esa idea vuelve a estar presente en la estrategia china, donde la apertura económica convive con una fuerte capacidad estatal para dirigir sectores clave, definir prioridades tecnológicas y estructurar redes globales de comercio e infraestructura.»

El sistema que nació en Oriente

«Sin embargo, en el punto más alto de su desarrollo, el imperio optó por retirarse. Las expediciones marítimas se suspendieron, las flotas se dismantelaron y el comercio oceánico se restringió. Mientras Beijing se replegaba, Europa se preparaba para ocupar el espacio que China dejaba libre. La corte Ming priorizó la estabilidad interna: canales, graneros, finanzas y fronteras antes que océanos. China siguió siendo una economía sofisticada, pero abandonó el vector naval que había sostenido su proyección entre Asia, África y Oriente Próximo.»

«Mientras Beijing recortaba su presencia marítima, Portugal y España ocuparon las rutas que China dejaba libres. La plata japonesa y americana seguía fluyendo hacia las provincias costeras chinas, pero ahora por circuitos controlados por potencias que combinaban artillería naval, rivalidad interestatal y, más tarde, carbón. No fue una divergencia cultural: fue una divergencia tecnológica, energética y geopolítica. China optimizó al máximo un sistema orgánico — hidráulica, agricultura, trabajo cualificado— mientras Europa saltaba a un régimen fósil.»

«Hoy, con la estrategia de «doble circulación» impulsada por Xi Jinping, China busca evitar ese dilema: reforzar su mercado interno sin renunciar a la proyección exterior en un entorno de creciente rivalidad y fragmentación económica.»

La Gran Divergencia: cuando Europa superó a China

«El contraste abrió una brecha creciente: la productividad industrial británica avanzaba a una velocidad desconocida, mientras que la economía china quedaba rezagada. Lo que en 1750 era proximidad, a mediados del siglo XIX se había convertido en una divergencia clara. Esa transformación es lo que los historiadores denominan la Gran Divergencia: el momento en que Europa superó económicamente a China. Durante siglos, China había sido la economía más grande y sofisticada del mundo. Lideraba la producción de hierro, seda, porcelana y té, había desarrollado mercados integrados, papel moneda y sistemas financieros complejos, y sus ciudades figuraban entre las más pobladas del planeta. Su burocracia articulaba un Estado eficaz y su comercio se extendía a escala continental. Sin embargo, entre 1500 y 1850, ese equilibrio se rompió: Europa despegó a una velocidad que China no pudo seguir.»

«Historiadores económicos como Kenneth Pomeranz proponen una explicación más material: la divergencia fue energética, geográfica y geopolítica. Europa escapó a los límites de una economía orgánica gracias a dos ventajas que China no tuvo: carbón accesible y colonias ultramarinas.»

«Hacia 1850, cuando un funcionario imperial chino se veía obligado a firmar tratados desiguales bajo la amenaza de las cañoneras británicas, la divergencia económica ya se había transformado en subordinación política. La superioridad productiva de Europa se había traducido en superioridad militar, y esta, a su vez, en la capacidad de imponer condiciones comerciales, legales y diplomáticas. China seguía siendo inmensa, pero ya no ocupaba la posición central. La divergencia económica estaba a punto de adquirir una dimensión más profunda: la de una humillación histórica.»

III – DE LA HUMILLACIÓN AL RENACIMIENTO CHINO

«Cuando el último emperador Qing abdicó en 1912, no solo caía una dinastía: se cerraba una de las continuidades políticas más prolongadas de la historia. Desde la unificación de China en 221 a. C., el modelo imperial había sobrevivido, con interrupciones y transformaciones, durante más de dos mil años. Lo que siguió fue uno de los periodos más traumáticos de su historia. Entre 1911 y 1949, el país se fragmentó en feudos militares, sufrió la invasión japonesa y se desangró en una guerra civil que costó millones de vidas. China, que había sido el centro del mundo asiático, se convirtió en un territorio disputado por potencias extranjeras y caudillos locales.»

«Pero de ese derrumbe surgió algo completamente nuevo. En 1949, cuando Mao Zedong proclamó la República Popular China desde la tribuna de Tian'anmen, no solo prometía restaurar la unidad nacional. Ofrecía un proyecto revolucionario que transformaría radicalmente la sociedad, industrializaría la economía y devolvería a China el lugar que consideraba suyo en el orden mundial. Lo haría con una combinación de movilización política masiva, planificación centralizada y una determinación férrea: China «nunca más sería humillada».»

1949: China vuelve a ponerse en pie

«Lo primero que necesitaba China era reconstruir un Estado capaz de gobernar de forma efectiva. Durante décadas de guerra civil y ocupación extranjera, las estructuras administrativas se habían fragmentado hasta la irrelevancia. Caudillos militares controlaban territorios enteros sin rendir cuentas a nadie, funcionarios corruptos se apropiaban de recursos públicos, bandas criminales dominaban rutas comerciales completas. El desafío era monumental: convertir ese mosaico caótico en una nación cohesionada bajo una única autoridad.»

«El Partido Comunista cambió esa realidad en pocos años mediante una campaña que redistribuyó cerca de 46 millones de hectáreas entre más de 300 millones de campesinos. Los terratenientes fueron expropiados, juzgados públicamente, algunos ejecutados y otros convertidos en trabajadores agrícolas bajo supervisión estatal.

Esta transformación cumplía varios objetivos a la vez: eliminaba las élites rurales que podían desafiar al nuevo régimen, creaba lealtades políticas profundas entre quienes recibían tierras y establecía las bases para el control estatal de la producción mediante cooperativas que reemplazarían gradualmente la propiedad individual.»

«En las ciudades se implantó una planificación centralizada inspirada en el modelo soviético. El Estado reorganizó el sistema fiscal y financiero y coordinó un aparato en el que precios, inversión y comercio quedaban regulados por las agencias de planificación. Las empresas privadas se transformaron en sociedades mixtas y, poco después, se nacionalizaron o integraron en cooperativas bajo control estatal. Los comerciantes independientes desaparecieron casi por completo, y las pequeñas tiendas familiares fueron absorbidas por el sistema de distribución pública. Así, la economía urbana quedó subordinada a la lógica del plan y el mercado se vio reemplazado por redes burocráticas dirigidas desde el centro.»

Mao y la reconstrucción radical de China

«Las comunas comenzaron a competir por demostrar su entusiasmo revolucionario con cifras de producción cada vez más infladas. Los funcionarios locales, temerosos de represalias, exageraban los resultados para complacer a las autoridades superiores.

Mao recibía informes que hablaban de cosechas milagrosas y fundiciones prodigiosas, cuando en realidad los campos quedaban abandonados.»

«El acero que salía de los hornos rara vez cumplía los estándares industriales. Sin conocimientos técnicos ni materiales adecuados, los campesinos fundían todo tipo de objetos metálicos para cumplir las cuotas impuestas. El resultado eran lingotes quebradizos acumulados en los patios de las comunas, mientras el campo sufría una grave escasez de mano de obra y las cosechas quedaban sin recoger.»

«Entre 1959 y 1961, la catástrofe tomó forma. Las estimaciones varían, pero los estudios más fiables calculan entre 15 y 40 millones de muertes. En muchas aldeas, familias enteras perecieron; en otras, los sobrevivientes emprendieron largas caminatas en busca de raíces o grano en regiones vecinas. Mientras tanto, el Estado continuaba exportando cereal para mantener su imagen internacional. En los periódicos, la campaña seguía siendo un éxito.»

«Así se abrió la gran grieta: de un lado, los pragmáticos que querían consolidar instituciones y productividad; del otro, Mao y sus seguidores, convencidos de que el socialismo debía rejuvenecerse con campañas y pasión ideológica. Esa tensión marcaría toda la década siguiente y estallaría con fuerza brutal en la Revolución Cultural.»

De la movilización al colapso: la Revolución Cultural

«Cuando Mao murió en septiembre de 1976, el país estaba exhausto tras tres décadas de turbulencias. El Estado que había querido ser el faro del socialismo mundial se encontraba rezagado frente a sus vecinos asiáticos. Corea del Sur, con un punto de partida similar en los años cincuenta, tenía un ingreso per cápita tres veces superior; Taiwán, considerado una provincia rebelde, exhibía un nivel de vida que resultaba embarazoso para el continente. La crisis económica era tan profunda como la política. China dependía de exportaciones agrícolas de bajo valor y de una industria pesada obsoleta. Aislada del mundo por la ruptura con Moscú y el embargo occidental, carecía de acceso a capital y tecnología moderna. El legado de Mao fue tan monumental como contradictorio: había construido un Estado de disciplina férrea y poder organizativo sin precedentes, pero también había llevado al país al borde del colapso.»

El giro pragmático: de la ideología a los resultados

«Hua Guofeng, designado por Mao como su sucesor, asumió el poder tras su muerte en 1976. El viejo líder lo había escogido precisamente por su discreción: no pertenecía a ninguna facción poderosa, carecía de una base política propia y ofrecía la garantía de continuidad del maoísmo.

Eliminar a los radicales no resolvía el problema de fondo. China estaba exhausta, empobrecida y rezagada. [...] En medio de aquella crisis múltiple emergió Deng Xiaoping. Su carrera política había sido tan accidentada como el propio destino de la China revolucionaria. Había combatido junto a Mao en los años de la guerra civil y se había ganado fama de organizador eficaz y pragmático. En los sesenta fue uno de los principales impulsores de políticas económicas orientadas a la eficiencia, pero cayó en desgracia durante la Revolución Cultural, acusado de seguir «el camino capitalista».

«Deng Xiaoping se inclinó por los gradualistas, pero les dio una dimensión política: «No importa si el gato es blanco o negro, lo importante es que cace ratones». Esa máxima, simple y contundente, sintetizaba la nueva ortodoxia china: lo que funcionara, aunque contraviniera los manuales del marxismo, era lo correcto.»

El desarrollo como prioridad nacional

«Deng apostó por ese experimento. Cuando propuso crear las Zonas Económicas Especiales en 1980, muchos dentro del Partido lo vieron como un riesgo. Abrir la economía al capital extranjero, flexibilizar el trabajo, reducir impuestos y conectar con el mercado global chocaba con los principios del socialismo. Pero Deng perseguía un objetivo: dotar a China de tecnología, divisas y conocimiento. Para lograrlo estaba dispuesto a asumir costes políticos y probar nuevas fórmulas.»

«Por eso diseñó una reforma gradual y controlada. Aplicaba medidas de forma limitada, evaluaba sus resultados y solo entonces las extendía a otras regiones. China funcionaba como un laboratorio a escala nacional, donde cada provincia probaba políticas antes de su generalización. Algunas funcionaban y se expandían; otras obligaban a corregir el rumbo. El método, sin embargo, no cambiaba: avanzar paso a paso, cruzar el río sintiendo las piedras.»

Prosperidad a cambio de obediencia

«El 11 de diciembre de 2001, ese modelo obtuvo su validación internacional. China ingresaba en la OMC tras quince años de negociaciones. No lo hacía para transformarse, sino después de haberlo hecho. Llegaba con una nueva base industrial, infraestructuras a escala nacional y un Estado capaz de dirigir la apertura sin perder el control. El experimento iniciado por Deng una década antes convertía a China en la fábrica del mundo. El país entraba en la globalización en sus propios términos.»

El año en que Occidente cayó y Beijing aceleró

«La respuesta llegó con la velocidad y la magnitud de un acto de supervivencia. En noviembre de 2008, Beijing anunció el mayor paquete de estímulo económico de su historia moderna: cuatro billones de yuanes — casi medio billón de euros—, equivalentes al 12 por ciento del PIB nacional. La economía debía seguir en marcha a cualquier precio.»

«El plan chino era más que una respuesta defensiva a la crisis externa. Era una apuesta ofensiva por acelerar la modernización del país aprovechando que sus competidores estaban distraídos con sus propios problemas. Mientras Ford y General Motors pedían rescates gubernamentales para evitar la quiebra, China construía la red de trenes de alta velocidad más extensa del mundo. Mientras España sufría una crisis inmobiliaria que dejaría millones de viviendas vacías, China impulsaba la incorporación de millones de campesinos a la economía urbana.»

«Durante un tiempo, el Estado mantuvo esas plantas en funcionamiento para evitar desempleo y conflictos sociales. Pero el coste era elevado. Esa sobrecapacidad se convirtió en una carga estructural que arrastraría durante la década siguiente.

Más allá de los problemas, 2008 marcó un punto de inflexión psicológico. La crisis reveló la fragilidad del sistema financiero occidental, durante décadas presentado como el más sofisticado y estable.»

IV – DE FÁBRICA DEL MUNDO A SUPERPOTENCIA TECNOLÓGICA

«El regreso de China no tiene parangón en la historia moderna. Durante casi tres décadas, el país creció a un ritmo que ninguna gran economía había mantenido durante tanto tiempo. Pero ese salto también trajo una profunda transformación social. China dejó de ser una sociedad pobre y relativamente igualitaria para convertirse en una economía urbana, industrial y mucho más desigual. La clave fue que esa desigualdad llegó acompañada de una mejora material enorme. Millones de familias vivían mejor que sus padres y esperaban que sus hijos vivieran aún mejor. Esa realidad ayudó a sostener la estabilidad política mientras el país cambiaba de escala histórica.»

Del ensamblaje al diseño

«En 2015, Beijing lanzó uno de los planes más importantes del siglo: el *Made in China 2025*. Su objetivo era convertir al país en potencia manufacturera avanzada mediante sustitución tecnológica gradual y creación de campeones nacionales. Se centraba en áreas tecnológicas

consideradas críticas, como las tecnologías de la información de nueva generación, la robótica avanzada o los vehículos de nueva energía, con el objetivo de reforzar la autonomía industrial en sectores estratégicos.»

«Pero el salto más ambicioso no era fabricar mejor, sino diseñar la tecnología del futuro. Eso es lo que perseguía el *China Standards 2035*: que las normas técnicas de las industrias emergentes — redes 5G, la inteligencia artificial, logística automatizada, computación cuántica, etc.— las fijara China.»

«China sigue una secuencia definida para impulsar sus estándares. Primero, desarrolla normas a nivel local. Después, las prueba en su enorme mercado interior. Una vez validadas, las unifica a escala nacional. Así genera economías de escala que facilitan su adopción. Por último, las lleva a los principales foros internacionales de estandarización, como la ISO, la Comisión Electrotécnica Internacional o el consorcio 3GPP, que define los estándares de telecomunicaciones móviles.»

«Pese a estos avances, Beijing registró en 2024 un déficit de casi 36.000 millones en pagos por royalties y licencias, una cifra que refleja la dependencia estructural en tecnologías y estándares forjados fuera de sus fronteras. Esa brecha es el recordatorio de que, incluso con 5G, inteligencia artificial y la ofensiva de *China Standards 2035*, romper el dominio de los estándares ajenos sigue siendo un objetivo en construcción, más que una realidad consolidada.»

La Ruta de la Seda digital: cómo se construye influencia en el mundo conectado

«Beijing parte de una premisa clara: el poder económico depende cada vez más de controlar cómo se mueve, almacena y procesa la información. El objetivo es construir esa capa invisible que sostiene la economía del siglo XXI, desde redes de telecomunicaciones hasta estándares digitales y plataformas que organizan los flujos de datos. El despliegue de redes 5G es el ejemplo más claro. Huawei se convirtió en el principal proveedor global de infraestructura de telecomunicaciones, tras instalar equipos en más de 170 países. Cada antena, estación base o centro de conmutación utilizaba hardware y *software* diseñado en Shenzhen.»

«Desde Kenia hasta Ecuador, desde Malasia hasta Serbia, decenas de ciudades adoptaban tecnologías chinas para modernizar su gestión urbana. Estos sistemas producen enormes volúmenes de información sobre la vida urbana: desde los movimientos de las personas hasta el uso de servicios públicos o las dinámicas económicas. Buena parte de esos datos se procesa en plataformas alojadas en servidores chinos o que emplean *software* desarrollado en China. Su valor no es solo económico, útil para mejorar la eficiencia de la gestión urbana, sino también político, pues permite ampliar las capacidades de vigilancia y control social.»

«La presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, llegó a señalar que la llegada masiva de vehículos eléctricos chinos «ponía en peligro la base industrial europea». Se trataba de una amenaza a la autonomía tecnológica y la capacidad productiva de Europa. [...] Los aranceles no frenaban a las empresas chinas y generaban efectos contraproducentes. Encarecían la transición energética europea al limitar el acceso a tecnologías limpias baratas. Ralentizaban la electrificación del transporte necesaria para cumplir objetivos climáticos. Además, empujaban a empresas chinas a establecer plantas en Europa para sortear las barreras comerciales.»

La tabla periódica del poder

«China ha situado el procesamiento de minerales críticos en el centro de su estrategia económica. Más que en la extracción, su ventaja reside en la transformación: produce cerca del 60 por ciento de las tierras raras, pero concentra alrededor del 90 por ciento de su procesamiento, la fase imprescindible para su uso industrial. Este patrón se repite en el conjunto de minerales estratégicos. China es el principal refinador global en casi todos ellos.»

«Occidente ha reaccionado con retraso, pero con intensidad. Estados Unidos lanzó *la Inflation Reduction Act* para reconstruir cadenas críticas. Europa fijó el objetivo de producir el 40 por ciento de sus minerales estratégicos en 2030 y Japón diversificó suministros hacia nuevos socios. La Administración Trump reforzó esta estrategia. Impulsó la extracción y el refinado mediante financiación pública, agilizó permisos mineros y selló alianzas con países como Australia o Canadá para asegurar el acceso a minerales críticos fuera del control chino. En el siglo XXI, el poder también se mide en materiales.»

V- ESTADOS UNIDOS FRENTE AL REGRESO DE CHINA: LA BATALLA POR EL CONTROL DE LAS REDES GLOBALES

«Al otro lado del Pacífico, durante décadas, Washington había apostado por una estrategia aparentemente generosa. [...] Esa estrategia ha fracasado. China ha utilizado la apertura del sistema occidental para desarrollar capacidades propias y escalar su posición internacional. Cada concesión ha ampliado su margen de maniobra y cada acceso a mercados ha reforzado su base industrial y tecnológica.»

La revolución del capitalismo intangible

«La diferencia entre Flint y Cupertino revela el corazón del nuevo capitalismo. El valor ya no surge principalmente de transformar materiales en un lugar concreto, sino de controlar el conocimiento que organiza esa transformación.

El capital se desplaza hacia donde puede extraer más rentas, no hacia donde crea empleo estable. Las ciudades dejan de ser el centro de la producción para convertirse en nodos de decisión, diseño o consumo. La riqueza se concentra en empresas que emplean a relativamente poca gente, mientras que las comunidades que antes dependían de la manufactura ven cómo su base económica se desmorona.

Este cambio también altera la relación entre empresas y territorio.»

La paradoja del éxito: cuando ganar globalmente significa perder en casa

«Esta reorganización global solo es posible gracias a tres transformaciones que se consolidan entre los años ochenta y noventa del siglo XX.

La primera transformación es tecnológica. Los avances en las telecomunicaciones, la informática y el transporte permitieron coordinar operaciones complejas a miles de kilómetros con una rapidez que antes era impensable. [...] La segunda transformación es política. Las sucesivas rondas de negociación del GATT y la creación de la OMC en 1995 eliminaron muchas de las barreras que antes habían protegido las manufacturas nacionales. Los aranceles disminuyeron, las cuotas se relajaron y los procedimientos aduaneros se simplificaron. [...] La tercera transformación es financiera. La liberalización de los mercados de capital permitió a las empresas trasladar recursos a los lugares donde encontraban mayores oportunidades.»

«En conjunto, estas tres transformaciones reconfiguraron la economía estadounidense. En 1970, la manufactura representaba alrededor del 26 por ciento de la fuerza laboral estadounidense. En 2024, apenas llegaba al 8 por ciento. Sin embargo, no toda la industria desapareció: solo cambió de lugar en el mundo.»

La ruptura de EE. UU. con el orden liberal

«Washington quería escribir las reglas del juego antes de que lo hiciera otro. Lo que se anunció aquel día fue el nacimiento de una nueva arquitectura pensada para contener a China. [...] Obama negoció con países como Australia, Canadá, Japón o Vietnam. China, el gran ausente, era el objetivo implícito de todo el diseño. Más allá de reducir aranceles, estos acuerdos buscaban fijar reglas del juego acordes al modelo estadounidense. Incluían protección estricta de la propiedad intelectual, regulación digital favorable a sus empresas, límites a los subsidios estatales y estándares laborales y ambientales alineados con economías desarrolladas. Cada norma actuaba como una barrera invisible que protegía sus ventajas competitivas. Y cada país integrado reforzaba una red de alineamiento geoeconómico en torno a Estados Unidos.»

«En 2016, tanto Donald Trump como Hillary Clinton se distanciaron del acuerdo. Lo que debía sostener el liderazgo estadounidense en el siglo XXI se convirtió en un coste político inasumible. El diseño técnico estaba completo, pero el consenso político había desaparecido.»

El imperio pasa factura

«El 2 de abril de 2025, el jardín de las rosas de la Casa Blanca se transformó en escenario de un anuncio que marcaría un punto de inflexión histórico. [...] La fecha había sido elegida por su simbolismo: sería recordada como *Liberation Day*, el día en que Estados Unidos declararía su independencia económica.»

«La narrativa oficial presentaba el déficit como una emergencia que exigía medidas excepcionales. Los aranceles se planteaban como herramienta para recuperar soberanía, proteger la industria y corregir desequilibrios con socios comerciales. Sin embargo, ese discurso ocultaba un cambio más profundo: el abandono del liberalismo y del multilateralismo como base del sistema comercial internacional.»

«Ante la caída financiera y la presión empresarial, la propia Administración comprendió que había subestimado las consecuencias de su anuncio. Una semana después del *Liberation Day*, la Casa Blanca se vio obligada a dar marcha atrás parcial: posponía la implementación de los aranceles recíprocos durante noventa días, manteniendo únicamente el gravamen general del 10 por ciento.»

El chip: cuello de botella del poder tecnológico

«El 11 de marzo de 2020, la Organización Mundial de la Salud declaró oficialmente la pandemia del COVID19. Nadie imaginaba que ese anuncio desataría también la mayor crisis de chips de la historia moderna. En las semanas siguientes, mientras los gobiernos cerraban fronteras y confinaban poblaciones, algo inesperado sacudió los mercados globales: el mundo entero necesitaba ordenadores, tabletas y dispositivos electrónicos.»

«Para Washington, la crisis de semiconductores fue una revelación. Estados Unidos dependía de países que podían dejar de estar disponibles en una futura crisis. Y, al mismo

tiempo, China llevaba años intentando reducir su dependencia exterior en sectores estratégicos, incluidos los chips. Para Beijing, la lección era igual de clara. Cada robot industrial, cada antena 5G y cada sistema de inteligencia artificial dependían de semiconductores avanzados. Y ahí China afrontaba su mayor vulnerabilidad: gastaba cada año más en importar chips que en importar petróleo.»

«Sin embargo, Estados Unidos subestimó algo importante: la capacidad del Estado chino para movilizar recursos cuando considera que su soberanía tecnológica está en juego. [...] China no se limitó a apoyar a una empresa concreta. Activó una red de financiación, industria, universidades e institutos de investigación para sostener el esfuerzo. SMIC recibió subsidios y apoyo prioritario. Huawei pudo seguir invirtiendo en investigación pese a los costes y la incertidumbre. El objetivo no era la rentabilidad inmediata, sino reducir una vulnerabilidad estratégica.»

El relevo energético del siglo XXI

«Washington presionó a sus aliados europeos y asiáticos para firmar contratos de GNL a largo plazo, con acuerdos en Alemania, Polonia, Japón y Corea del Sur. El objetivo era consolidar a Estados Unidos como proveedor global de energía fósil. Trump recuperó la consigna de *energy dominance*, pero con un alcance ampliado: el petróleo y el gas no solo como motores económicos, sino como instrumentos de poder. Los acuerdos en hidrocarburos se vinculaban así al alineamiento geopolítico de sus socios.

Mientras Washington se replegaba hacia los combustibles fósiles, Beijing profundizaba una estrategia opuesta basada en una década de inversión y planificación industrial. China convirtió la transición energética en un eje de desarrollo a una escala sin equivalente.»

«Mientras Estados Unidos pone el foco en perforar pozos y en construir terminales de gas, Beijing fabrica la infraestructura del mundo electrificado. Washington ganará miles de millones vendiendo la energía del pasado; China controlará billones fabricando la energía del futuro. Y, salvo un giro industrial profundo en Occidente, lo hará definiendo estándares, cadenas de suministro y la escala material de la economía energética del siglo XXI.»

VI – LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN ARMADA

«La lógica invitaría a pensar en una desglobalización: un mundo con economías más cerradas y menos interdependientes. Sin embargo, la dinámica actual apunta en otra dirección. Más que un retroceso, lo que se está produciendo es una reconfiguración de la globalización.»

«Y la variable que lo cambia todo: el cambio climático. En los próximos años se generará un escenario de mayor volatilidad y riesgo para las cadenas de suministro, debido a que los eventos climáticos extremos se volverán más frecuentes y severos.»

«La tendencia hacia la diversificación de proveedores y el aumento de inventarios refleja un cambio estratégico de las compañías: se alejan del modelo *just in time*, caracterizado por la minimización de inventarios para reducir costes, hacia el *just in case*, que privilegia la acumulación de stock para garantizar la continuidad operativa ante imprevistos. Además, las empresas están impulsando el *friendshoring* — la reubicación de actividades productivas en países políticamente aliados o con afinidad geoestratégica— y el *nearshoring*— el traslado de procesos a países geográficamente cercanos para reducir costes logísticos y riesgos de interrupción.»

«En el sistema actual, controlar un estándar tecnológico permite afectar a toda una cadena de valor global. Esa capacidad de parar el flujo — de datos, de capitales, de software, de maquinaria o de semiconductores— describe el corazón de la globalización armada. Estados Unidos ha refinado esa habilidad durante décadas. Controla el sistema financiero internacional, gestiona las principales plataformas digitales, domina el diseño de chips avanzados y fija las normas que rigen pagos, propiedad intelectual, protocolos de ciberseguridad o estándares técnicos. Desde esa centralidad, puede estrangular al resto [...].»

Las fracturas internas de la rivalidad global

«En este contexto, situar a un rival externo en el centro de la estrategia nacional cumple también una función interna. Permite canalizar el malestar social mediante políticas comerciales y de seguridad, evitando el coste político de reformas redistributivas profundas. La prioridad geoestratégica funciona así como un marco de cohesión: desplaza el debate desde las desigualdades internas hacia los desafíos externos.

Esa combinación alteró la estructura política estadounidense. El trumpismo no es solo una reacción económica, es una demanda de reconocimiento, una respuesta a la sensación de haber perdido centralidad en su propio país.»

«El crecimiento chino se apoyó durante años en dos motores: exportaciones e inversión. Funcionó mientras el exterior absorbía su producción y la construcción sostenía la demanda interna. Con el tiempo, el modelo empezó a agotarse. El sector inmobiliario acumuló exceso de oferta y riesgos financieros, mientras el bajo consumo interno limitó la capacidad de reequilibrar el modelo.

El Partido Comunista es consciente de esta situación, algo que se refleja en el último plan quinquenal. Sin embargo, reformar hacia dentro implicaría decisiones costosas: ampliar la protección social, mejorar los salarios, transferir más ingresos a los hogares, reducir la inversión redundante... Son medidas fundamentales para impulsar el consumo.

Pero esas reformas chocan con intereses consolidados. La globalización ha dado lugar a una nueva élite que combina éxito empresarial con integración en el Estado-Partido.»

«La rivalidad entre ambas potencias es, en gran medida, el resultado de los problemas internos que encuentran en el exterior su espacio de compensación. Cada una utiliza su expansión exterior para gestionar una situación que no ha sabido resolver dentro. Entre ambos polos, el sur global gana margen de maniobra. Países como India, Indonesia, México, Brasil, Turquía o Arabia Saudí actúan como intermediarios y aprovechan la competencia para atraer inversión y diversificar alianzas. Su influencia no nace de dominar la red, sino de conectar bloques rivales.»

El futuro del (des)orden global

«Europa ocupa una posición paradójica en la globalización armada. Tiene una economía de enorme densidad productiva, con altos niveles de bienestar, instituciones democráticas sólidas y un mercado interior desarrollado. Internamente, esa combinación sigue constituyendo su activo más valioso: la Unión Europea continúa siendo la región más democrática del mundo y con mayor calidad de vida. Pero esa fortaleza social y normativa no se traduce en poder internacional. Europa se ha convertido en la «tercera ausente» del nuevo orden: demasiado grande para ser irrelevante, demasiado fragmentada para organizar el sistema a su alrededor. Es una potencia que ha crecido con reglas que ya no funcionan en la globalización armada.»

«Por eso el futuro del orden global dependerá de cómo se gestionen las alianzas y las interdependencias. Un escenario posible es la competencia contenida: Estados Unidos y China siguen rivalizando por la centralidad, pero evitan cruzar umbrales que pongan en riesgo la estabilidad del sistema. Mantienen abiertas las redes, reorganizadas a su favor. Cooperan donde resulta inevitable — clima, energía, estabilidad financiera...— y compiten en el resto.

Otro escenario es la fragmentación parcial: bloques económicos y tecnológicos más definidos, cadenas de suministro duplicadas, estándares incompatibles, restricciones cruzadas que reducen eficiencia, pero aumentan seguridad.

Un tercer escenario es el de la hegemonía funcional dual: Estados Unidos conserva la centralidad financiera, militar y el dominio en ciertos sectores tecnológicos, mientras China se convierte en la fábrica energética, industrial y logística del planeta. Dos centros de gravedad complementarios y competitivos al mismo tiempo.»



PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Erica Aspas | Responsable de Comunicación Área de Ensayo
689 771 980 | eadpas@planeta.es